

El sueño de Eva

Allí estaba la niña, tirada en su jardín. El sol la regaba con su luz y Dios se deleitaba inventando colores en su cuerpo. Todos embellecían con su presencia y ella sólo se dejaba querer. Los árboles estiraban sus ramas para tratar de rozarla, pero quedaban adoloridos, sólo le llegaban sus sombras. Los matorrales gozaban de la fortuna de ser los únicos que podían palpar, aunque parcialmente, su figura. Y las flores ya habían perdido toda su vanidad, estaban rendidas frente a ella. Alguna de las aves lograron acercársele un poco más con su trinar, pero Eva no les contestaba, sólo les miraba y sonreía suavemente. Nadie lograba llegar a ella, querían conocerla, saber de ella y de su mundo. Se sabía contemplada, entendía la atracción. Nadie de allí, sin embargo, podía sobrepassar la imagen, era la única y primera especie abandonada en su soledad.

Un día, en medio de su tormento de diva, la vieron partir de allí. Iba meditativa, sin rumbo fijo. Parecía deslizar su liviana figura a través de toda la preciosa fauna que la rodeaba. A medida que se abría camino las hojas, las flores y las ramas se giraban embaucados con su paso. Les despertaba instintos que desconocían, la persiguieron así hasta que se perdió en el estrecho horizonte. En ese momento entró la noche y todas las especies añoraron que volviera para no sentirse tan tristes, tan solos. Pero eso nunca sucedió.

Su ruta fue corta. Ni la distancia, ni su angustia le impidieron atrasar su paso. Quería llegar pronto y sacarse de una vez ese quejido que la amargaba. Lo encontró, como siempre, perdido en sus labores. Estaba enajenado, transformando sus ideas en objetos inanimados, tal y como lo había hecho con ella. Enfrentó a Dios al llegar y sin ningún disimulo le reclamó:

-Me has hecho imperfecta. No logro llegar a otros, no puedo recordar, no tengo historia.

Y Dios que no concebía la imperfección, no comprendió el reclamo de Eva. No podía sobrepassar su obra casi maestra. La vio triste y solitaria. Le había ofrecido un mundo magnífico, la había acompañado de especies sublimes y agraciadas como ella. Todos ellos la adoraban, se había convertido en un misterio, en un objeto de deseo. Aun así, supo que su proyecto había fracasado. Eva sufría.

Fueron cinco amaneceres en que Dios especulaba cabizbajo, concentrado en su creación. Inventarle una compañía similar a ella parecía la respuesta más indicada, pero dudaba si otro podría reponerse del impacto de no haber sido el primero. El reclamo de Eva sería la protesta del nuevo compañero. No toleraba entristecer más a Eva. Y en un sólo

instante divino se olvidó de su obra y pensó en ella. Con el mismo tono imperativo a que Eva estaba acostumbrada dictaminó:

-Te llamarás Mujer y te multiplicarás en cada una de tus hermanas. La historia que te negué la verás reinventada infinitas veces en todas ellas. Te cedo mi obra. Ve, construye tus historias.

Eva tembló y agradeció ese instante de total entrega. Vio ensancharse el horizonte a su alrededor y comenzó a soñar en el porvenir. Apenas podía percibir las formas desformadas, las palabras indescifrables que le ofrecían las múltiples sendas que la rodeaban. Partió por alguna de ellas, libre por fin, soñando en el futuro.

Supo, desde entonces, que en el rincón de uno de sus sueños sería ella y no yo, desde mi mesa, quien escribiría esta historia.